

Carta a los jóvenes. Xavier Novell i Gomà

Carta de Jesús acerca de ti.

Te pido que leas despacio esta carta y pensando en tus actitudes y actos desde la última vez que te confesaste.

Querido amigo:

‘Como hace tiempo que no me dices nada, he decidido escribirte. Es verdad que algún domingo has venido a mi Casa con todos mis discípulos a mi banquete, pero te he sentido lejano. ¿Recuerdas las dudas que tenías sobre si acercarte o no a recibir la comunión? Pero, es cierto, cómo mirarme a los ojos, cómo quieres que este cerca de ti, en tu corazón, si ha pasado todo lo que ha pasado desde el último día en que me pediste perdón. Tú disimulas, pero sabes que nada me puedes esconder.

Eres consciente de que nuestra relación es peculiar: le afecta todo lo que haces y digas a cualquiera y en cualquier parte. Todo el bien que realices hará que me sientas cercano, que me puedas escuchar, que puedas verme en tantas presencias mías. Todo el mal que hagas, sea a quien sea, como si te lo infringes a ti mismo, hará que, casi sin darte cuenta, te alejes de mí, casi como si no existiera. Por eso tantas personas hoy no creen: sus pecados impiden que me puedan sentir y, en lugar de convertirse y pedirme perdón, escogen vivir sin mí.

Ya sé que cuesta pedirme perdón, sobre todo porque eso quiere decir estar dispuesto a cambiar, a querer negar lo que te apetece, lo que es más fácil. Ya sé que cuesta confesarse, ir a un sacerdote, reconocermelo presente en él, decirle los pecados y recibir mi perdón a través de su absolución. Pero, fíate de mí: si lo he dispuesto así es porque es lo mejor para ti. El pecado destruye la vida y la alegría, y mi perdón, recibido a través del sacramento de la penitencia, créelo, te renovará, te liberará, te hará comenzar de nuevo. Si lo crees y lo pruebas, verás que es algo fantástico.

Ya sé que piensas que no sabes bien de qué pedir perdón. Cuando eras pequeño quizá contabas siempre lo mismo: he dicho mentiras, no he obedecido suficientemente a mis padres y les he contestado, me he peleado con los hermanos y amigos...

Al fin y al cabo, quizá has llegado a pensar que no hacía falta confesarse más de todo eso, ya que tampoco te servía para cambiar. En primer lugar, pienso que te has de confesar de haberme dejado de lado. Yo he dado la vida por ti, me he hecho hombre para salvarte del pecado que hace un tiempo que te tiene prisionero, pero tú, ¿qué respuesta me das? Creo que últimamente no puedes decir en verdad que Yo soy tu Señor. ¿No será que tu «yo» me ha quitado el sitio? Cuando decides, no piensas qué quiere Jesús, sino solo qué quieres tú. Cuando gastas tu tiempo, cuando hablas con alguien, cuando actúas, no intentas hacer, hablar, actuar como Yo querría, sino como está de moda, como te parece que agrada más a la gente y, sobre todo, como a ti te apetece. ¿Te parece que no me has de pedir perdón por haberme dejado de lado?

Unido a eso, piensa en cómo hablas de mí a los demás, e incluso por qué no hablas nunca de mí a los demás. Si algún día críticas a otros, rápidamente te das cuenta de que estás haciendo mal. Oyes críticas, malas palabras contra mí y ni te inmutas; al fin y al cabo, tú mismo, casi sin pensarlo, hablas más o menos de la misma manera. Como mis discípulos en la hora del temor, me has dejado en la estacada, has disimulado nuestra amistad; has negado, con tu silencio mientras otros se burlaban o se reían de mí y de los que me siguen, que tú y Yo somos amigos. ¿No crees que si quieres confesarte deberías empezar por ahí?

Carta a los jóvenes. Xavier Novell i Gomà

Más todavía: me has dejado plantado no pocas veces. Tengo una cita contigo cada domingo. Ya no hace falta que quedemos, pues tú lo sabes; desde tu primera comunión hicimos un pacto: nos veremos cada semana en misa. Menos mal que no soy muy susceptible, ¡porque mira que te he esperado veces! Además, ni siquiera te has dignado a disculparte, ni me has llamado por este teléfono especial que tenemos tú y Yo —la oración—. Cualquiera otro amigo ya habría hecho cruz y raya contigo. Pero Yo no soy así, no puedo hacer más; lo que quiero darte es tan grande y tan importante para tu felicidad que no me canso de esperar a que cambies.

En segundo lugar, creo que te has de confesar por el mal que has hecho a otros. ¿Te acuerdas de aquello que dije un día: «En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mateo: 25, 40)? Me refería a los padres, a los hermanos, a los amigos, a los maestros, a aquellos chicos y chicas que has conocido. Todo lo que les has hecho me lo has hecho a mí. Me has mentado a mí, me has desobedecido a mí, me has contestado a mí, te has enfadado conmigo, has roto conmigo, has abusado de mí, me has utilizado a mí, me has criticado a mí, me has insultado a mí, me has robado, has tenido envidia de mí, me has odiado, me has calumniado... ¿Piensas que me paso, que me lo tomo «demasiado a pecho»? No te engañes, eso es así: el mal que haces a los demás me lo haces a mí. Si no fuese así, ¿cómo es que cuando has pecado me sientes lejos, no me encuentras, y hasta dudas a veces de que existo? ¿Cómo es que muchos han dejado de creer en mí? Sencillamente porque haciéndome todo lo que te he dicho y mucho más (matado, usado y abusado sexualmente, traicionado, vendido por dinero, abortado...) me tienen tan lejos como lejos están de todas sus víctimas. Pero no tengas miedo. Yo perdono sin castigar, puedo ayudarte a cambiar. Tengo el poder para quitarte el peso que llevas encima y darte fuerzas para liberarte de las malas costumbres que tienes enraizadas en tu corazón. Primero, elimino todos los pecados cometidos, que son el combustible para realizar más, y, después, reparo lo que está dañado en el corazón.

En tercer lugar, y ya acabo, has de confesarme los pecados que has hecho contra ti mismo, todo el daño que te has hecho, también aquello que nadie sabe pero que te va destruyendo. Yo te he creado tal y como eres. A los ojos del mundo no eres ninguna joya, es verdad, pero ante mis ojos eres una maravilla única y con nombre propio. Eres así de maravilloso porque te he hecho para que mi Espíritu pueda vivir dentro de ti. Es Él, y no el gimnasio, o la ropa, o la cirugía, o la dieta o el deporte, quien te hace maravilloso. Guárdate de la tentación del culto a tu cuerpo, ya sea por la obsesión de estar delgado o por la idea descontrolada de darle todo lo que desea: comida excesiva, alcohol, drogas, sexo... Si caes en esas tentaciones, te convertirás en tu propio ídolo y te olvidarás de mí.

Todo el mundo tiene algún pecado secreto que no ha confesado nunca o que le cuesta confesar. Normalmente es un pecado contra uno mismo: mirar pornografía, masturbarse, emborracharse, tener relaciones sexuales fuera del matrimonio, probar alguna droga, vomitar alguna vez por la obsesión de no engordar. Tú y Yo sabemos que en muchas de estas cosas no quieres ni pensar, pues están lejos de ti. Pero tú y Yo sabemos que alguna de ellas ha sido o es tu debilidad. Pero hoy, o muy pronto, puede ser el día de tu liberación, el día en que me lo confieses con vergüenza, pero sin miedo, el día de tu curación.

No te castigaré por nada de lo que me confieses. Desde el momento en que me dejaste por última vez, salgo cada mañana, cada tarde y cada noche a mirar si vuelves. Hoy, o algún día de esta semana, quizá tenga esa alegría, quizá te vuelva a ver. Te escucharé con paciencia, te abrazaré, te

Carta a los jóvenes. Xavier Novell i Gomà

vestiré con ropa limpia y resplandeciente, y celebraré una fiesta contigo (Lucas: 15, 20-24).

Te espero en alguno de estos «míos», mis sacerdotes. Si no lo aprovechas pronto, ¿no te parece que habrás desaprovechado una buena oportunidad? Aun cuando así fuera, Yo nunca dejaré de esperarte.

Si antes de venir a pedirme perdón, esta carta te ayuda a responderme, ¡hazlo! También puedes venir a confesarte leyéndome lo que me hayas escrito.

Jesús, Tu Señor y Amigo.